

Una *Malasangre* en el país de las sanguijuelas. Una novela de Michelle Roche

Reseña de Rosbelis Rodríguez

Malasangre. Barcelona: Anagrama. ROCHE R., Michelle. (2020).
Universidad de Los Andes
rosbelis71@gmail.com

En Venezuela llamamos coloquialmente ‘malasangre’ a una persona que nos incomoda o nos parece odiosa; la RAE, por su parte, recoge las acepciones de persona ‘aviesa’ o ‘vengativa’. *Malasangre* (2020), es también el título de la primera novela de Michelle Roche Rodríguez (Caracas, 1979), finalista del premio Celsius 2021, que hace referencia tanto a la condición que sufre la protagonista como a su actitud ante la sociedad. Pese a estar ambientada en la Venezuela de hace exactamente un siglo, sus paralelismos con el presente son impresionantes.

Siendo ya adulta, Diana Gutiérrez cuenta su transformación de hematófaga a vampira desde sus catorce años, cuando recién se iniciaba en el país la explotación petrolera bajo la dictadura militar de Juan Vicente Gómez. En palabras de la propia autora, *Malasangre* es “un *Bildungsroman* y una novela histórica que está intervenida por el gótico”. Y es que, efectivamente, esta variante venezolana del género funciona más bien como metáfora de la realidad nacional, de ahí que la narradora señale y critique incisivamente los aspectos familiares, religiosos, políticos, económicos e idiosincrásicos de la sociedad conservadora y patriarcal de la época. Sin embargo, esa crítica no desentona con el contexto, pues tanto el lenguaje empleado como la sucesión de eventos verídicos aportan verosimilitud al relato y ponen en evidencia el profundo rigor histórico detrás de su escritura.

En un punto de la novela, Diana se pregunta “¿cuál es el lugar de las mujeres en las sociedades donde todas las decisiones las toman los hombres y la energía que las pone en movimiento la produce la sangre de algunos?” (p. 185). *Malasangre* no es sino la respuesta a esa inquietud. Y para formularla Diana se vale de una doble exposición de la historia: la suya propia y la Historia nacional, mezcladas irremisiblemente porque una condiciona la otra. Como a toda persona malasangre, a Diana se la margina constantemente, ya sea castigándola, violentándola o cosificándola. Pero su perspectiva madura le permite asociar por contraste su “condición” de nacimiento —su pecado original— al comportamiento animal de la piara de ‘chácharos’ al poder. Su sangre es *mala* porque es el revés de aquella que mantiene vivo tanto al Estado vampiro, es decir rentista, como a las convenciones sociales que lo respaldan. Otro aspecto clave en esta novela iniciática es justamente la formación. En las familias en las que el acceso a la educación es reciente y frágil se nos dice que tenemos que estudiar para ser alguien y también, como reza el lugar común, que “el conocimiento nos hará libres”. Diana sabe ambas cosas, y es por eso que, ante la encrucijada de la prisión (matrimonial o religiosa) y el sacrificio personal, ella opta por defender su libertad, valiéndose de su ‘condición aviesa’ y buscando la tutoría de Vito Modesto Franklin, un personaje *queer*, misterioso y excéntrico de la historia venezolana. De manera que, a la sed de petróleo de la sociedad, Diana responde con una sed *otra*: la del conocimiento que su familia le negó.

Por otro lado, el gran acierto de *Malasangre* es la reconstrucción con perspectiva de género del enigma del asesinato de Juan Crisóstomo Gómez, hermano del dictador y uno de los vicepresidentes al mando. La narradora aprovecha de forma brillante esa brecha histórica para escribir desde ahí la parte más importante, violenta y decisiva de la novela. Diana, al exponer la perversidad de los mandamases de turno y defenderse de ella, cuestiona la hombría del ejército y de la clase política, así como la pacatería impostada. Su gusto por la sangre es emancipador, le hace reconocer su identidad, su lugar en el mundo y la ayuda a hacer justicia simbólicamente. *Malasangre* es sin dudas una novela

profundamente feminista, pero además es de las pocas obras venezolanas que encajan tan bien dentro del terror —nacional, doméstico, cotidiano— propio de la literatura latinoamericana reciente.

Por último, hay que decir que *Malasangre*, un poco para nuestra desgracia, habla más de la Venezuela actual de lo que nos gustaría admitir. No en balde está dedicada a los historiadores que, como Sísifo, se pasan la vida arrastrando “cuesta arriba las piedras del pasado, para ver el futuro derrumbarse”. Los tantos rasgos del gomecismo vigentes en nuestro régimen político de hoy, evidencian que con la explotación petrolera la sociedad venezolana se apresuró a ponerse una máscara de modernidad y progreso que en verdad no le calzaba. Como bien señala la narradora, la “revolución” apenas cambió algunos nombres e introdujo “nuevos personajes [...] en todas las instituciones del poder” (p. 81). La imagen que deja *Malasangre* es la de una Sangui[z]uela cuyo “retroceso mental como nación” (p. 25) no ha parado, pues nada ha cambiado sustancialmente en términos políticos, económicos, de violencia de género o de protección de los derechos humanos. Lo que entonces era *La Rotunda* hoy es el *Helicoide*, el afán de modificación a conveniencia de la Carta Magna es el proceso Constituyente en marcha, el Estado continúa “chupando la sangre” de la tierra, tanto en los decadentes campos petroleros como en los de minería ilegal al oriente del país, los muy ricos todavía gobiernan a los demasiado pobres. En suma, Roche Rodríguez ha tenido que *estudiar* al país de hace un siglo para escribir una novela absolutamente contemporánea.

Mérida, 2022.